

Roma, 1 de marzo de 2012

Prot. N. 28/12

Obj.: 125° de fundación de las Hijas del Divino Celo

A los Rogacionistas  
A las Hijas del Divino Celo  
A las Misioneras Rogacionistas  
A los Laicos de la Familia del Rogate

Muy estimados,

Estamos viviendo juntos un Año Eucarístico en la conmemoración del 125° aniversario del Primero de Julio de 1886, y en este tiempo de gracia somos llamados a conmemorar, como hijas e hijos del Padre Aníbal, uno de los primeros frutos de la venida de Jesús en Sacramento en la Obra Piadosa para permanecer en ella, o sea el nacimiento de la Congregación de las Hijas del Divino Celo, acontecido en vísperas de la fiesta de San José en 1887.

Con esta ocasión, en los próximos días 17 – 19 de marzo, miraremos juntos hacia Mesina, y, junto con las Hijas del Divino Celo, alabaremos y bendeciremos al Señor por el gran don de su presencia en la Iglesia y en el mundo.

Deseo hacer memoria de esta gracia para renovar la gratitud al Señor y para confirmar nuestra profunda relación con las Hermanas que nos han precedido con su nacimiento, tras las huellas del Padre Aníbal, en la misión del Rogate.

Mirando a los acontecimientos de aquellos años, en el campo del apostolado del Barrio Avignone, encontramos nuestro santo Fundador entregándose totalmente en el socorro y evangelización de los pequeños y pobres.

Desde el primer momento en que se acercó a aquel campo de trabajo, más o menos diez años después, en 1887 las cosas aparecían diferentes, y donde reinaba el desorden y la decadencia más degradante, ahora había un oasis de paz.

Los niños y niñas se acompañaban en la fe y en la oración, introducidos en los primeros elementos de estudio e iniciados al trabajo; se socorrían a los enfermos, las familias se ayudaban materialmente y moralmente, levantándolas de situaciones muy lamentables.

Sabemos que el Padre Aníbal, mientras tomaba conciencia del crecimiento de la Obra Piadosa y de las grandes dificultades de cada día para dirigirla, en su humildad se activaba para llamar algunos Institutos que ya actuaban en el campo de la caridad, para que se encargasen de los pequeños y pobres del Barrio Avignone.

Sin embargo, en el Padre Aníbal esta urgencia de la caridad, que podemos llamar inmediata, se acompañaba con el convencimiento de la necesidad más grande aún de conseguir los “buenos obreros” advertida por él desde hace su adolescencia. Su vocación fue iluminada por el *Rogate* desde los principios, y, en el momento en que se

iba delineando con más claridad, fue comprendida como un carisma especial que el Espíritu entregaba a la Iglesia. Él lo recuerda, hablando de uno mismo, en un escrito de 1910:

“Aquel joven, «ordenado sacerdote tuvo una idea, que sería algo muy acepto al Corazón Sagradísimo de Jesús y al Corazón Inmaculado de la Santísima Virgen, y algo muy fecundo de bienes, el formarse de dos Comunidades religiosas, una de hombres y otra de mujeres, que tuviesen el *voto de obediencia* a aquel mandato de Jesucristo: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*, y que, por medio de este voto se comprometiesen en tres cosas:

«1. A orar cada día y fervorosamente al Corazón adorable de Jesús, a la Santísima Virgen María, a San José, a los Ángeles y Santos para impetrar numerosos y santos sacerdotes y sagrados operarios y operarias a la Santa Iglesia, a todos los pueblos, a todas las naciones del mundos, y vocaciones santísimas y extraordinarias a todas las Órdenes Religiosas y a todas las diócesis.

«2. A propagar por doquier, por lo que fuese posible, este espíritu de oración, en homenaje y obediencia a aquel divino mandato.

«3. A actuar, los unos y las otras, en la medida de su pequeñez y posibilidades, como buenos obreros de la mística mies, trabajando por el bien espiritual y temporal del prójimo.

« Con esta idea predominante aquel pobre sacerdote miró hacia las muchas y muchas Comunidades religiosas y Congregaciones de toda clase, que existen y que siempre van formándose en la Santa Iglesia, y quedó sorprendido en ver que ninguna Orden Religiosa recogió nunca aquella divina palabra salida de la boca adorable de Nuestro Señor Jesucristo, y que ella casi nunca se consideró.

«Entonces aquel sacerdote, viendo con las sencillas luces de la razón apoyada en la fe del Evangelio, que aquella es palabra de Jesucristo, que es un mandato del celo de su divino Corazón, que es palabra y mandato de una importancia suprema, más aún *recurso infalible* para la salvación de la Iglesia y de la sociedad, aquel sacerdote pensó empezar (¡que Dios le perdone la audacia!) las dichas dos Comunidades o Congregaciones religiosas con aquel voto de obediencia con ese tríplice cumplimiento»<sup>1</sup>.

El *Rogate* ilumina todas las elecciones del Padre Aníbal y es vivido en las dimensiones del *orar* y del *actuar*, tal como él lo explica: «El ejercicio de esta oración ha de llevar necesariamente la ayuda de las sagradas vocaciones, porque deseando a los buenos operarios y pidiéndolos al Señor se pasa más fácilmente a poner los medios para producirlos»<sup>2</sup>.

Así, desde hace los principios él se activaba para suscitar las vocaciones entre sus hijitos. Ya en la primera carta al Padre Cusmano, el 4 de agosto de 1884, él habla de buenas esperanzas entre los niños y entre las chicas: «Hay un cierto número que quiere darse a Jesús; y ¡parece que sean las primeras florecillas que germinan en medio de los horrores de aquel lugar!». Y seguidamente, el 10 de febrero de 1885 le escribe: «Anhele la idea de cultivar las santas vocaciones al Sacerdocio». Manifiesta la esperanza que se encuentre un buen número de chicas que se hagan monjas «cuando tengan una buena directora».

---

<sup>1</sup> Cf. *Scritti*, vol. 2, p. 144.

<sup>2</sup> Cf. *Preziose Adesioni* (edic. 1901), *Prefazione*, p. 7.

El Padre Aníbal encontró una buena colaboradora en la joven señora Laura Jensen Bucca, que lo ayudó en la dirección de las huerfanitas internas y de las jovencitas externas, asistiéndolas en todo y acompañándolas en la vida de piedad.

Es significativo el cántico, escrito por ella, con ocasión de la Navidad de 1885, titulado: *La Pobrecita del Pequeño Refugio a los pies de su Divino Salvador*. Como recuerda el Padre Tusino, ello es llanto de dolor, generosidad de propósitos, compromiso de virtudes, gemido de oración, embriaguez de unión; y todo por las almas, por la Iglesia perseguida y desierta por la falta de sacerdotes; y así la *Pobrecita* consolará el Corazón de Dios y se convertirá en su esposa. Los últimos versos: *Que te consuele ahora quiere – La amada Pobrecilla, - Pero, ¿quién será aquella - que podrá hacerlo? – Que este corazón se derrita – Por este deseo tan bello, - Y sea la Pobrecilla – ¡La esposa tuya!*<sup>3</sup>.

Todo lo que acontecía en la vida del Padre Aníbal, problemas, gracias, resultados conseguidos, dificultades, programas, esperanzas, él lo vivía siempre en la oración. Y es así que también por este anhelo encontramos una oración de 1886. En ella pide al Señor, por sus “hijas”, gracias espirituales que aparecen propias de la vida de consagración. Explicando, luego, de qué espíritu quiere que sean colmadas, el Padre Aníbal detalla ya la figura carismática de la Hija del Divino Cielo.

Pide por su *santificación*, para que puedan *vivir y morir* en aquel Corazón divino y que sean conducidas por Él hacia la *más perfecta unión de amor; día y noche piensen a Él y hacia Él solo siempre suspiren*; puedan crecer *de virtud en virtud* y sean *humildes, sencillas, obedientes, mansas, puras como los Ángeles, dóciles, modestas y pacientes*; las desea *desapegadas de todas las cosas creadas, y mucho más de una misma*, fundadas en el santo temor del Señor y llenas de su santo amor. El Padre Aníbal pide, aún, que sean *almas de oración*, que crezcan, así, en el conocimiento y en el amor del Señor, buscando los intereses de su Sagrado Corazón, y que tengan una atención amorosa y continua para con el Sumo Bien y un *gran deseo y hambre y sed ardiente de recibirlo sacramentado* y que el sublime sacramento de su amor constituya su alimento de cada día. Pide a Jesús de infundir en sus hijas una *tierna y santa compasión por las penas íntimas de su divino Corazón* y que se hagan *caritativas con el prójimo, especialmente con los inocentes en peligro*. Finalmente, pide que puedan convertirse en *verdaderas amantes de la santísima Madre María y del glorioso Patriarca San José, y verdaderas pobrecillas e hijas de su Corazón amantísimo*. En la parte final de esta bella oración impetra por las jóvenes *la perseverancia final en el servicio del Señor, su santificación y salvación*. No puede olvidar de pedir, sin embargo, para algunas de ellas la vocación a la vida de consagración: «Escuchadme, Jesús mío, para que estas almas sean adornadas de las preciosas margaritas de las santas virtudes y *buena parte de ellas se consagren todas a vos, Cordero inmaculado, que sois el Rey de las vírgenes, y que os deleitáis entre los lirios*»<sup>4</sup>.

El Padre Tusino, después de referir sobre los diversos intentos realizados por el Padre Aníbal para llamar algunos Institutos en el Barrio Avignone para asumir las obras de caridad iniciadas por él, todos intentos que resultados ineficaces, añade que empezó a reflexionar que igual el Señor quería confiar sus niñas a una Comunidad de nueva fundación, que tuviese su origen justamente en medio de las casitas de los pobres. Él destaca, además, que aquella intensa y comprometida vida espiritual con la que el Padre

<sup>3</sup> Cf. TUSINO T., *Memorie Biografiche*, II, p. 7 ss.

<sup>4</sup> Cf. DI FRANCIA A., *Scritti*, I, p. 86 ss.

Aníbal acompañaba la formación de sus jóvenes asistidas y de las externas que frecuentaban el Barrio Avignone tenía como objetivo de suscitar o favorecer en ellas la vocación religiosa. Y anota: “En realidad unas cuantas entre las jovencitas mostraban buenas disposiciones; y ciertamente el Padre las habría enderezadas a una u otra Comunidad por las que las pensaba adecuadas”<sup>5</sup>.

Finalmente el Padre Aníbal, cuando pensó que los tiempos eran maduros, decidió poner en acto su «pensamiento demasiado osado, si no audaz»: el de formar él mismo la Comunidad de monjas por sus huerfanitas. Se presentó al Arzobispo y le expuso su pensamiento. El Monseñor Guarino fue de acuerdo: «*Haga, haga sin problema, pero secretamente, sin mucha propaganda*». Este permiso – anota el Padre Tusino – es el acta de nacimiento de las futuras *Hijas del Divino Celo*; futuras, decimos, y más adelante diremos cuándo y por qué apareció este nombre. En el principio el Padre no se preocupó del nombre. ¿No nacían aquellas monjas en el refugio de las pobrecillas? Se llamaron durante bastante tiempo las *Monjas del Pequeño Refugio* o *Las Pobrecillas del Corazón de Jesús*; pero cuando empezaron a ser conocidas en la ciudad, el pueblo las bautizó: *Las Monjas del Padre Di Francia* o *Las Monjas de las huerfanitas del Padre Di Francia*.

En el reglamento que el Padre Aníbal escribe por las Novicias el 29 de abril de 1887 las llama *Pobrecitas del Sagrado Corazón de Jesús del Pequeño Retiro de San José*.

El Padre Aníbal quiso poner el naciente Instituto bajo la protección particular de San José, y por esto la vestición se hizo en las primeras vísperas de la fiesta del Santo, el viernes 18 de marzo de 1887. Su hábito, inspirado a aquello de las *Hermanitas de los pobres*, tenía el color de aquello de los Carmelitas, en honor a la Virgen del Carmen, y tenía en el pecho el emblema del *Rogate*.

Las nuevas novicias fueron cuatro: Affronte Maria, Santamaria Giuseppa, D’Amico Rosa y Giuffrida Maria. Vestido el hábito se postraron ante la huerfanitas, presentes en la celebración, declarando con aquel gesto que las querían servir.

Era un gesto de extraordinaria riqueza simbólica, que expresaba, en el momento en el que las jóvenes novicias se entregaban al Señor, la clara intención de hacerlo por su gloria y por la salvación de las almas, en especial en el servicio de los pequeños y de los pobres.

En aquel mismo día dirigieron una carta al Obispo para impetrar su bendición declarando que querían vivir como Marta y María, en el apostolado y en la contemplación, “sobre todo rogando el Corazón Sacratísimo de Jesús para que se digne de enviar los buenos Obreros a la Santa Iglesia”<sup>6</sup>.

En el octubre siguiente el Padre Aníbal entrega al Obispo la petición de autorización del Instituto, y pone en evidencia que ello constituye una meta de aquel camino que había empezado a servicio del Rogate, carisma sembrado en el terreno de los pequeños y pobres del Barrio Avignone. “Y ahora suplico la E. V. – escribe así – que dirigiendo su mirada benigna sobre esta humilde Institución, se digne, cuando nada obste, y por amor de aquella divina palabra que forma su emblema y enseña su objetivo, se digne de corroborar su existencia, a través de una autorización eclesiástica suya, y se digne de revisar y reconocer, por lo que crea, el reglamento, el hábito con el sagrado

---

<sup>5</sup> Cf. TUSINO T., *Memorie Biografiche*, II, p. 19.

<sup>6</sup> Cf. DI FRANCIA A., *Scritti*, VII, p. 125.

emblema, las oraciones, el nombre de las novicias y de su pobre morada”<sup>7</sup>. Sabemos que fue necesario esperar aun muchos años la suspirada autorización.

El Padre Aníbal, que había acompañado espiritualmente con especial cuidado las cuatro jóvenes, ahora novicias, pensó bien de organizar el camino de preparación al noviciado por otras jóvenes que deseaban consagrarse al Señor.

Por tanto, junto a las novicias se habían añadido unas aspirantes, a las que él, en la fiesta de Pentecostés de 1887, había entregado un pequeño Reglamento para formarlas al fervor de espíritu e introducir las al noviciado<sup>8</sup>.

Nuestro santo Fundador, en los pasos que cumplía la Obra Piadosa, se dejaba conducir por el Señor y por el clamor de los pequeños y pobres. Lleno del amor de Dios y de los hermanos, se entregaba sin reservas para evangelizar y socorrer las pobreza de todo tipo que encontraba en su camino. En el momento en que sentía la exigencia de empezar una nueva obra, escuchaba su corazón de apóstol, se consultaba con los que le acompañaban en la Obra Piadosa y luego presentaba la idea a su superior.

Así, después de haber empezado el Instituto femenino, entre los sufrimientos pero al mismo tiempo con los signos de la bendición del Señor, pedía al Arzobispo, el 25 de noviembre de 1887, de poder empezar también un Instituto religioso masculino, para poder así completar la Obra Piadosa.

Él escribía, entre otras cosas: “Nos reuniremos cuatro o cinco Sacerdotes; se haría un pequeño Comedor, un pequeño oratorio, y se empezaría un Noviciado para la profesión. La E. V. sería el Fundador y Superior de la pequeña Comunidad: el Padre Muscolino o mi hermano sería un Vicesuperior inmediato. ¡La E. V. nos daría la Regla y su plena Bendición! ¿Qué otra cosa más necesitaríamos por el crecimiento? Esta pequeña familia estaría alrededor de Jesús Sacramentado, teniendo la pequeña Iglesia muy cercana: se trataría de implantarla *en un lugar que parece bastante fértil para las buenas obras: en un lugar en el que se reza incesantemente para que el Dueño de la Mies envíe los buenos Obreros a su Mies: en un lugar humilde – pobre – escondido al mundo –: en la humildad, en el desapego de las cosas de la tierra, en la paciencia, en la Caridad, y en la confianza en la Divina Providencia*”<sup>9</sup>.

Se necesitarían diez años para que este programa se actuase, con el inicio del Instituto masculino (1897), pero el Padre Aníbal miraba con confianza y esperanza, fuerte de la oración al Dueño de la Mies, para que, en aquel lugar donde aquella oración había sido sembrada, brotase un primer núcleo de buenos obreros, que viviesen de aquella oración, la propagaran, y se entregaran a los hermanos en la pobreza y en la caridad.

Estimados, esta etapa del camino de las hermanas Hijas del Divino Celo, quiere ser para todos nosotros, Familia del Rogate, una invitación a confrontarnos con la vida y la espiritualidad de aquella “pequeña familia” que en el Barrio Avignone crecía “alrededor de Jesús Sacramentado”. Aquella pequeña familia está llamada a vivir en la oración incesante por los Buenos Obreros, en la humildad, en la sencillez y en el desapego, en la Caridad y confianza en la Divina Providencia. El tiempo litúrgico de la Cuaresma constituye una ulterior llamada para todos nosotros.

---

<sup>7</sup> DI FRANCIA A., *Scritti*, VII, p. 136.

<sup>8</sup> Cf. TUSINO T., *Memorie Biografiche*, I°, pag. 59.

<sup>9</sup> Cf. DI FRANCIA A., *Scritti*, VII, p. 138.

El Señor bendijo nuestro camino durante más de cien años y nos consintió ensanchar nuestra tienda en los cinco continentes, para llevar el *Rogate* en la riqueza de las diversas culturas y compromisos de apostolado.

En el concierto de la vida consagrada somos una “pequeña familia”, pero, con el corazón de nuestro Fundador, somos llamados a vivir el gran tesoro del *Rogate* que nos ha sido entregado para donarlo a la Iglesia.

Estas citas que nos llevan a volver a visitar nuestros orígenes, nos permiten gustar la belleza de nuestra vocación y misión. En el mismo tiempo nos invitan a reavivar el sentido de pertenencia, compartiendo las diversas dimensiones del carisma, en una única Familia del Rogate.

Queremos, por tanto, aprender y conocer y amar juntos cada vez más esta nuestra vocación y misión. Queremos, además, en las ocasiones que nos lo consienten o sugieren, unir en las formas oportunas nuestras fuerzas en la fraternidad religiosa y en la colaboración mutua.

Con este deseo, que confío a la bendición de nuestros Divinos Superiores, y a la intercesión de nuestros Patronos y del fundador san Aníbal María, os saludo con afecto en el Señor.

.....  
(P. Angelo A. Mezzari, R.C.J.)  
Sup. Gen.